

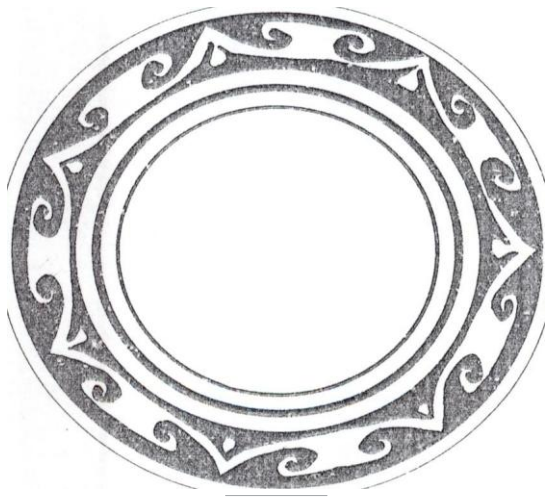
**PASTOS Y QUILLACINGAS:
DOS GRUPOS ETNICOS EN BUSCA
DE IDENTIDAD ARQUEOLOGICA**

FELIPE CARDENAS ARROYO*

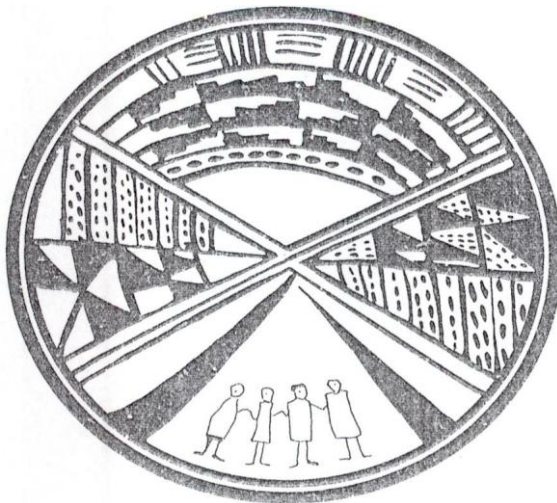
*Departamento de Antropología, Universidad de los Andes.

Revista Colombiana de Antropología, Vol. XXIX, 1992

FIG-1



A



B

Over the past 20 years the archaeological area of Nariño (Southern Colombia) has been characterized by three main ceramic complexes known as *Capulí*, *Piartal* and *Tuza*. These have been assigned to specific ethnic groups, some of which were still living at the time of the Spanish Conquest in the 16th Century.

This paper discusses the problems that arise when a group specific identity is established for a particular kind of pottery on the basis of ethnohistorical data. This data may be pertinent for aboriginal ethnic spatial distribution after the second or third decade of the 16th Century A.D, but may be more fragile when trying to extend it as an explanation of Prehispanic territories.

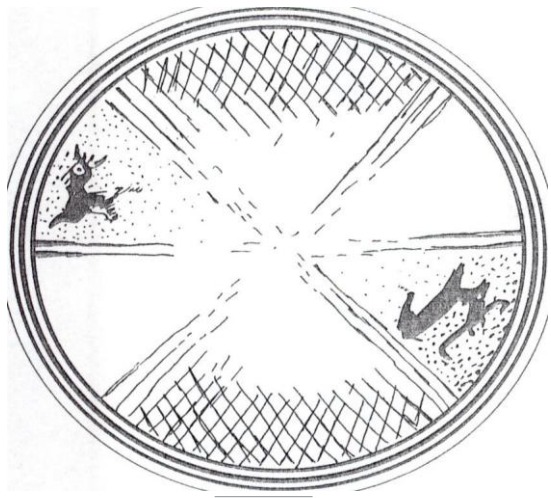
Recent archaeological excavations conducted by the author are presented as evidence that such an association must be reviewed since an important amount of pieces of the *Piartal* and *Tuza* complexes have been found to be overlapping in these territories, suggesting that another kind of explanation must be in order

Durante los últimos 10 años, la arqueología de Colombia ha experimentado cambios considerables en los enfoques conceptuales y en los objetivos históricos que persigue. La arqueología de los treinta o cuarenta años que precedieron a la década de los ochenta se caracterizó por tratar de darle una identidad arqueológica a las diversas manifestacio-

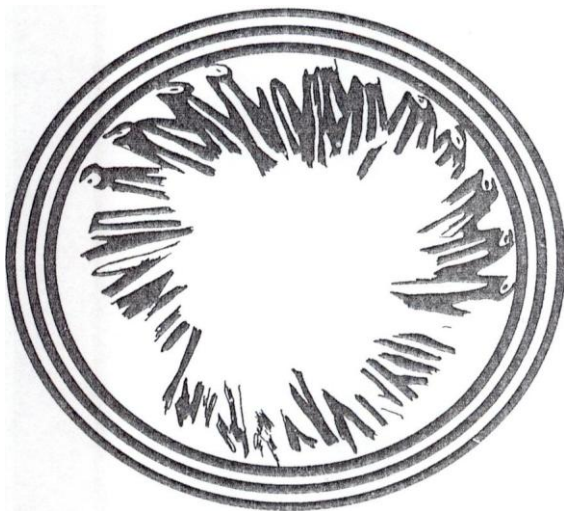
Apartes de este ensayo se presentaron en un trabajo (Cárdenas 1996b) durante el Encuentro sobre Arqueología de Areas Comunes celebrado en Esmeraldas, Ecuador en 1990, promovido por los gobiernos nacionales de ambos países. Asistieron investigadores del Instituto Colombiano de Antropología, el Banco Central, el Ecuador, la Universidad de los Andes y el Instituto Vallecaucano de Investigaciones Científicas.

Agradecimientos especiales para Claudia Afanador, Eduardo Zúñiga, Olga y Bruno Masoldi y, en general, a todos los miembros del Area Cultural del Banco de la República en Pasto, sin cuya colaboración las temporadas de terreno en Nariño serían muy difíciles. En Quito, a Rosangela Adoum del Banco Central, a Rafael Antonio y Juan Esteban por su esmerada hospitalidad y amistad.

FIG - 2



A



nes culturales que día a día iban excavando la arqueólogos de entonces, con lo cual el mapa del pasado nacional se engalanó con términos tales como taironas, quimbayas, muiscas, calimas o zenúes; y que luego, por extensión y asociación geográfica, se convirtieron en "territorios" étnicos: todo el altiplano cundiboyacense fue territorio muisca; la Sierra Nevada de Santa Marta territorio tairona, y el valle del río Cauca territorio quimbaya. Allí no había espacio para la variabilidad cultural.

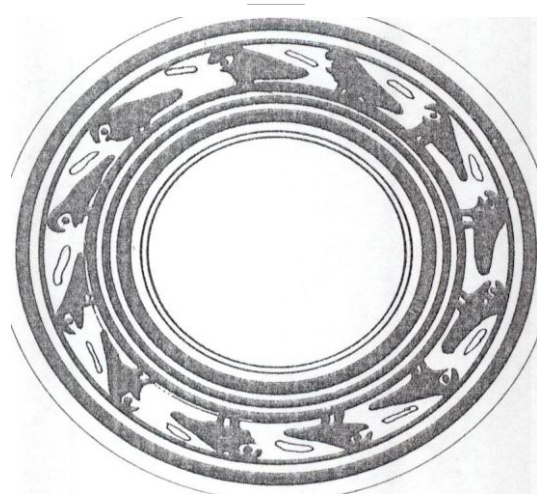
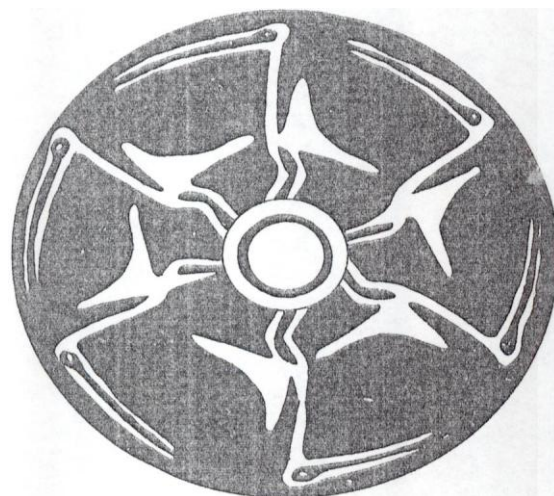
La homogenización de nuestras culturas ancestrales fué la consecuencia de una época en la cual el método arqueológico no se había desarrollado con un enfoque histórico-procesual, ni trataba tampoco de explicar los fenómenos culturales como el resultado de la interacción de una infinidad de variables sociales y ambientales. Era más bien un

momento en el desarrollo de la disciplina arqueológica en el cual era indispensable la descripción pormenorizada del objeto sin que se insistiera en la necesidad de trascender hacia un intento de explicación de las sociedades del pasado.

Esa situación no fue —ni es— ajena a la arqueología de Nariño. Hasta hace apenas unos dos años, uno preguntaba por el origen de alguna vasija cerámica del sur del departamento a lo cual se contestaba: "eso, es cultura Nariño". Prácticamente una división político-administrativa se convirtió en cultura arqueológica de la noche a la mañana. Nada podía ser más erróneo ni menos justo con nuestros antepasados.

FIG- 3

A



En términos ambientales y arqueológicos, tanto en el departamento de Nariño como en el norte del Ecuador se definen tres grandes regiones con manifestaciones culturales que abarcan desde el siglo V antes de Cristo hasta la Colonia. Estas son (a) las llanuras del Pacífico, (b) el macizo andino y (c) la llanura amazónica.

Estas manifestaciones culturales son particulares a cada una de las regiones geográficas y por tal motivo es fácil localizarlas a nivel macro-regional. Sin embargo, no ocurre lo mismo cuando el investigador busca establecer patrones de diferenciación internos, o inter-regionales, a nivel de los atributos de las diferentes categorías de artefactos. De las tres regiones anteriores, solamente tenemos datos arqueológicos para las llanuras del Pacífico y el macizo andino. La pequeña porción de la llanura amazónica que corresponde a Nariño y aquella limítrofe del Putumayo no han sido investigadas aún, y el material que se conoce proviene de hallazgos aislados sin contexto arqueológico.

Contrariamente de lo que podría esperarse, la región arqueológica del Area Septentrional Andina Norte, tanto del Ecuador como de Colombia, presenta más vacíos con respecto a la definición de procesos culturales prehispánicos que muchas otras regiones del país. Por una parte, los estudios en la etapa paleoindígena son prácticamente inexistentes, y por ese motivo no tenemos ninguna certeza del período en el cual debió comenzar a poblarse este territorio sureño. De tal forma, en este momento las manifestaciones culturales del Formativo en la selva tropical del oriente¹ o la costa Pacífica; o bien de los Desarrollos Regionales en la costa o el interior, aparecen como áreas culturales independientes, aisladas por una monumental cadena montañosa, sin relaciones aparentes en el tiempo.

Las evidencias sobre el Paleoindio geográficamente más cercanas a los altiplanos nariñenses, provienen de los sitios del río Calima (en el departamento del Valle), y no corresponden al Area Septentrional Andina Norte. Las fechas allí obtenidas (Herrera, Cardale & Bray 1988) son del 9000 al 7000AP. Un contexto arqueológico prospectado en el Valle de Popayán (Gnecco e Illera 1989), tiene una supuesta profundidad cronológica paleoindígena, aun cuando no existen para este sitio fechas absolutas. Por lo demás, el departamento de Nariño presenta un total vacío con respecto a las investigaciones en este campo.

1 En la arqueología ecuatoriana es corriente referirse a las áreas de selva tropical amazónica con el término de "oriente". Es en este mismo sentido en el cual lo emplearemos en este escrito.

Tampoco existen evidencias del período Formativo ni de los Desarrollos Regionales para la región de los altiplanos. De repente aparecen en Túquerres, Ipiales y Pasto sociedades cacicales definidas con base en una frágil "secuencia" cerámica y una menos que mínima muestra cronológica absoluta, pues para toda la región andina nariñense colombiana, existen publicadas hasta hoy solamente 14 fechas de radiocarbono, que abarcan desde el 845DC hasta el 1720DC. Dos de ellas son puestas en duda por su investigador (Cadavid 1989: 24), de manera que solamente contamos con 12. Estas se resumen en la tabla que sigue.

**FECHAS DE RADIOCARBONO PARA ALGUNOS
SITIOS ARQUEOLOGICOS SERRANOS DE NARIÑO²**

Sitio	Fecha	Complejo Cerámico	# Muestra
Miraflores	845DC	Piartal	IAN-50
Tajumbina	950DC	?	B-47873
Miraflores	1030DC	?	IAN-23
Las Cruces	1100DC	Capulí	IAN-67
El Tambo	1120DC	Piartal	IAN-34
Miraflores	1180DC	?	IAN -24
Miraflores	1240DC	Piartal	B-5949
Miraflores	1250DC	Piartal	GrN-6911
La Esperanza	1410DC	Tuza	IAN-51
La Victoria	1460DC	Capulí	IAN -98
Maridíaz (Pasto)	1615DC	Piartal/Tuza/Otro	Gx- 15474G
Maridíaz (Pasto)	1720DC	Piartal/Tuza/Otro	B- 34827

Fuente: Uribe Alarcón 1977-78 y 1990; Plazas 1977-78; Cadavid 1989; Cárdenas 1989.

De acuerdo con las excavaciones arqueológicas en las llanuras del Pacífico colombiano, se ha definido que las ocupaciones humanas de esa región pertenecen a la etapa de los Desarrollos Regionales (Reichel-Dolmatoff 1986; Bouchard 1982; Patiño 1990). Fueron sociedades que se asentaron en la costa propiamente dicha y en las llanuras aluviales inmediatas, bañadas por los ríos que bajan de la cordillera. Actualmente, la extensión más septentrional de las manifestaciones culturales La Tolita-Tumaco continúa siendo el sitio de Catanguero, localizado en el curso bajo del río Calima cerca de su desembocadura en el río San Juan (Patiño

2 Existen otras dos fechas muy críticas para tumbas en el sitio de Tajumbina, oriente de Nariño (Cadavid 1989: 2D, 24). Estas son 2450 A.C. y 2590 A.C. El autor de dicho informe advierte sobre la precaución que debe observarse sobre estos resultados, motivo por el cual no las hemos incluido en la Tabla 1 a la espera de que nuevos análisis permitan realizar una discusión cabal sobre ese interesante sitio arqueológico.

1990: 73). Recientes investigaciones arqueológicas realizadas por Diógenes Patiño en las llanuras del Pacífico nariñense, en áreas muy cercanas a la desembocadura del río Patía, también indican la presencia de materiales culturales entre los años 70DC y 490DC, lo cual los coloca dentro de un período de tiempo que corresponde al auge de La Tolita-Tumaco y su final, cerca del siglo VI DC.

A pesar de todo, no existe ninguna evidencia de la etapa Formativa para esta región en Colombia, de manera que el único "foco" formativo para el área común sigue siendo Valdivia-Machalilla. Por lo tanto, el origen Formativo de los Desarrollos Regionales es todavía materia de mucho análisis. La propuesta de una Etapa de Selva Tropical sugerida por Reichel-Dolmatoff no deja de ser interesante.

Dicho investigador pensaba que la etapa Formativa debía tener manifestaciones en algún lugar de la selva, y sugirió que podía considerarse una etapa llamada "de Selva Tropical", a partir de la cual surgieron las sociedades que hoy clasificamos como Desarrollos Regionales. En palabras del mismo Reichel-Dolmatoff:

"Se puede suponer entonces que, durante el período aproximado de 3000 a 1000 AC, Colombia, Ecuador y el Alto Amazonas formaban la verdadera área de clímax cultural del Nuevo Mundo, la cual servía de fuente cultural al Perú y a Mesoamérica, regiones que en aquel entonces eran aún marginales a la gran corriente de los desarrollos americanos" (Reichel-Dolmatoff 1978: 48).

Hoy sabemos que las fechas para algunos sitios del Ecuador con evidencia de cultivo de maíz son hasta de 5000 AC, (Pearsall y Piperno 1990) y que nuevas fechas para la costa Caribe de Colombia empujan la cerámica hasta el 3750 AC, en el sitio de San Jacinto (Oyuela 1987); y que la asociación de cerámica con dos fechas tempranas en la región de Araracuara de 2695AC y 2380AC (Herrera de Turbay et. al. 1990)-ambas del mismo sitio arqueológico— hace indispensable la realización de excavaciones en sitios de selva más cercanos a las vertientes orientales de la cordillera, tanto en el Ecuador como en Colombia.

De tal manera, la etapa Formativa no solamente se confirmó como el período de tiempo en el cual aparecía cerámica con desgrasante de fibra vegetal (Reichel-Dolmatoff 1978), sino también desde el punto de vista del sistema de producción y de la relación adaptativa del hombre con su entorno. Puesto que para la década de los años setenta el enfoque ecológico había cobrado gran importancia en las ciencias humanas, la arqueología lo adoptó como modelo explicativo de la evolución cultural, de los patrones de asentamiento, y de la variabilidad de los sistemas de procuramiento de bienes.

Actualmente, María Victoria Uribe (comunicación personal) plantea la posibilidad de tres grandes focos Formativos para Colombia: (1) uno en la costa del Caribe cuyos representantes se extendieron por los valles interandinos de los ríos Magdalena y Cauca, asentándose en las llanuras; (2) un segundo foco en la selva tropical, cuyos representantes ocuparon las vertientes orientales de la cordillera Oriental y el Macizo Colombiano; (3) un tercer foco que podría encontrarse tanto en las áreas bajas del suroccidente de Colombia, como también en las zonas de cordillera de la misma región.

Pero ante estos planteamientos ha surgido una gran incógnita. Un trabajo arqueológico reciente (Casas 1990) realizado en la isla de Gorgona, en el Pacífico, suministró material cerámico que difiere bastante de los materiales encontrados en la costa, además de encontrarse allí petroglifos con motivos de fauna que tampoco se han encontrado en tierra firme. Lo más confuso de este sitio es la fecha de radiocarbono, pues indica una ocupación de la isla en el siglo 14 AC. Desafortunadamente, esta es la única fecha disponible y mientras no se tengan otras más para comprobar la antigüedad de la ocupación en Gorgona, es imposible sugerir hipótesis acerca de las posibles relaciones espacio-temporales entre las islas y el continente.

Las culturas arqueológicas que venimos excavando en la zona andina de Nariño, aparecen aisladas en la región montañosa del Macizo Colombiano, inconexas en espacio, tiempo y atributos formales con el complejo La Tolita-Tumaco y con los pocos materiales hallados ocasionalmente en el oriente. Inclusive, las relaciones espacio-temporales de las culturas andinas del sur de Colombia son más estrechas con aquellas del norte del Ecuador que con las de la región conocida como Suroccidente de Colombia; de manera que a la fecha de escribir este ensayo, solamente se conocen manifestaciones culturales en la costa Pacífica y en la región andina del departamento. Entre ellas no existe ninguna relación espacial ni temporal, aun cuando en épocas más tardías (alrededor de los siglos IX o X D.C), hubo contactos entre las dos regiones, que se infieren por la presencia de conchas marinas de los géneros *Spondylus* y *Strombus* en las montañas (Uribe 1977-78; Cárdenas 1992), y que continuaron hasta épocas de la Colonia³. Pero hasta el momento, tanto la sierra como la costa representan procesos culturales independientes por lo menos hasta el décimo milenio de nuestra era. Uribe recalca la importancia de realizar investigaciones en territorios intermedios entre la costa y la sierra, pues en algunas tumbas del complejo Capulí pudo observar una posible influencia de Tumaco en su cerámica (Uribe 1977-78: 173). De ser cierto, representaría una posible relación

3 En Maridíaz (Valle de Atriz) hemos excavado ambos géneros en tumbas quillacinga fechadas por ¹⁴C entre los siglos XVI y XVII DC (Cárdenas y Cadavid 1990).

entre ambas áreas pero 15 años después de publicarse esa sugerencia, no se ha investigado aún esa posibilidad. Para ilustrar la problemática principal que actualmente concentra el interés de los investigadores de la región andina nariñense, se presentan aquí datos de las excavaciones realizadas durante los cuatro últimos años —particularmente en el valle de Atriz y vertientes nor-orientales del volcán Galeras— a la vez que se introducen algunos puntos críticos sobre la visión tradicional que se ha tenido de los territorios y los grupos étnicos en el pasado.

EL VALLE DE ATRIZ

Las excavaciones arqueológicas que hemos realizado durante los años de 1988, 1989, 1990 y 1991 en el Valle de Atriz fueron en tres sitios arqueológicos: Maridíaz, Mijitayo y Catambuco⁴. Maridíaz —o "El Cerri- llo"— es una loma que se levanta en medio del valle de Pasto. En ella no se encontraron evidencias de vivienda o habitación. Solamente fue utilizada por los indígenas como cementerio. Este fue detectado accidentalmente durante la obra de construcción de la escuela primaria en predios de la comunidad religiosa de las Madres Franciscanas, de manera que buena parte de las labores de investigación realizadas allí deben considerarse bajo el rótulo de "arqueología de rescate". El sitio queda exactamente al nororiente del volcán Galeras, aproximadamente a 1 kilómetros del curso del río Pasto. Los poblados coloniales quedaban en la parte llana, pero desafortunadamente han desaparecido bajo la ciudad moderna y la información que hubieran podido suministrar a los arqueólogos se ha perdido por completo. Los únicos lugares de asentamiento y basureros que aún quedan, se encuentran en las faldas del volcán Galeras y territorios aledaños al valle de Atriz, que también venimos investigando; sin embargo, la introducción de arados modernos ha destruido muchísimos contextos de vivienda, y solamente en los lugares más apartados y empinados existe la remota posibilidad de hallar algunos asentamientos sin destruir. En Maridíaz se excavaron 104 tumbas. Todas eran de pozo y cámara lateral con profundidades que oscilaban entre 1,30m y 6,90m, para un promedio de 4,6m de profundidad. Las formas de las bóvedas son tres. Primero, las elipsoidales, representan el 54% del total. El pozo de la tumba fue excavado sobre uno de los costados largos de la elipse, y en una ocasión se excavó una tumba de estas con dos pozos de acceso. Segundo, las circulares, que representan el 30% del total, son un poco más pequeñas en área. Tercero las que hemos denominado "mocasín", por su similitud con las vasijas cerámicas de esa misma forma, representan el 16% del total. Algunas tumbas tenían triple cámara en un mismo nivel, mientras que otras tenían

4 Las fechas de ¹⁴C para los dos últimos sitios se encuentran en proceso de análisis.

tres y cuatro cámaras pequeñas en diferentes niveles, pero sobre el mismo pozo.

Las vasijas son básicamente globulares, de superficies poco o nada trabajadas, burdas, de color negro principalmente y sin decoración. Varían en cuanto a formas y tamaños, pero básicamente son vasijas que no tienen atributos especiales que las caractericen aparte de ser pobremente fabricadas. Sin embargo, hay una situación interesante en este cementerio: se trata de la presencia de cerámica del complejo Tuza. Las vasijas halladas son platos con base anular decorados internamente, y cuencos. Los motivos decorativos son mayoritariamente Tuza, sobresaliendo entre ellos la representación de fauna. En algunos casos aparecen aves que son características de climas cálidos o costeros, dispuestas en círculo (Fig. 3: a, b; Fig. 2: b). Los colores rojo, habano o crema, y carmelita son característicos de los platos Tuza. Otra tendencia fue colocar una imagen central rodeada de líneas, con lo cual la atención se dirige hacia esa imagen —generalmente un ave. Este tipo de geometría se ha denominado de "simetría de punto" (Uribe y Cabrera 1988) para enfatizar la presencia de un centro visual en medio de la vasija, aun cuando ese centro visual puede estar en blanco (Fig. 3: a, b, Fig. 1: a). También representados en la cerámica de Maridíaz están los venados (Fig. 2: a). En una tumba se encontró un gran caracol en cerámica, asociado con una vasija lenticular del complejo Piartal.

En cuanto a los diseños puramente geométricos el más corriente en la cerámica del complejo Tuza es la estrella de 8 puntas. A este motivo se le conoce en Nariño con el nombre popular de "El Sol de los Pastos". Aun cuando probablemente tuviera algún significado de importancia, preferimos desasociarnos de tales inferencias pseudo-astronómicas o cosmológicas, hasta tanto la muestra excavada en esos territorios sea lo suficientemente grande y de asociación certera que permita una interpretación concreta. Los cuencos y platos de simetría radial, que divide el plano en cuatro caras opuestas o imágenes de espejo, también son comunes en la cerámica Tuza del valle de Atriz (Fig. 1: b). La vasija que se ilustra en la Figura 1. b es de simetría radial, con cuatro caras, de las cuales solamente dos son imágenes de espejo. Abajo se encuentran cuatro personas y arriba de ellas hay motivos geométricos del complejo Piartal, más una serie de líneas cortas verticales y horizontales en siete grupos. Algunos han especulado que tales líneas podrían ser un sistema de conteo, al igual que los puntos que aparecen debajo de los motivos escalonados. Hay que agregar que tales líneas y puntos sí son recurrentes en la cerámica de Nariño, y es importante que se realice un estudio estadístico completo que permita inferir su significado.

Otras vasijas tienen decoraciones poco comunes en la arqueología de Nariño. La que se ilustra en la Figura 1: a parece representar un

diseño con mucha influencia española, pues es un motivo que no puede clasificarse como Piartal ni Tuza.

Otros objetos encontrados en las tumbas de Maridíaz parecen indicar la existencia de jerarquías socio-políticas. Los casos a que nos referimos son en particular el de una tumba dentro de cuya bóveda se halló un banquito de madera chonta. Por asociación etnográfica, los banquitos en arqueología se han interpretado como pertenecientes a chamanes o personas importantes dentro de la sociedad aborígen. En algunas partes del Magdalena Medio, como por ejemplo en la región del río la Miel cerca de Honda y la Dorada, se encuentran urnas funerarias decoradas con hombres sentados en banquitos, y los recientes trabajos etnohistóricos de Pineda Camacho arrojan nuevos datos que parecen indicar la certeza de tal asociación (comunicación personal).

EL PROBLEMA DE LAS ETNIAS

En otro escrito (Cárdenas 1991) hemos planteado el problema que se presenta cuando se trata de homologar complejos cerámicos con grupos étnicos en Nariño. El complejo Capulí difiere lo suficiente en atributos formales de los complejos Piartal y Tuza, y por ello se piensa que sus creadores fueron una etnia particular a la que conocemos como "los capulí". Sin embargo, si observamos el mapa de distribución espacial publicado por Uribe (1977-78: Fig 61) vemos que el complejo Capulí aparece en regiones inscritas en áreas donde también aparece el complejo Tuza. De acuerdo con dicho mapa éstas serían la Victoria, Gualmatán, Casafría, Pilcuán y Macas. Para la Victoria, la fecha es de 1460 DC (Uribe 1977-78: 167), es decir, contemporánea con Tuza. Por otra parte, Tuza ha sido asociada con la etnia de los pastos (Grijalva 1937); Piartal-Tuza también con los pastos (Uribe 1977-78); Piartal con una etnia proto-pasto (Uribe 1976); y finalmente encontramos cerámica de los complejos Piartal y Tuza en territorio quillacinga (Cárdenas 1992). Esta superposición de complejos y áreas geográficas, como también de fechas similares, indica necesariamente que los complejos cerámicos fueron contemporáneos, todo lo cual nos hace reflexionar si acaso deberíamos pensar más bien que los complejos cerámicos fueron utilizados por varias etnias —particularmente los complejos Piartal y Tuza— y no que cada uno es indicativo de alguna etnia en particular.

La cercanía geográfica y la evidente relación histórica que hubo entre el territorio del sur de Colombia y las culturas andinas del Ecuador plantean problemas muy interesantes para la investigación de los fenómenos arqueológicos de la región. De acuerdo con los cronistas y documentos, a partir del siglo XVI existieron diferentes grupos indígenas caracterizados unos de los otros por elementos de cultura material, lengua y adaptaciones ecológicas. De tal manera, es nuestro interés poder

aclarar poco a poco cuáles fueron esas características, para así construir un mapa étnico arqueológico de Nariño y zonas aledañas del departamento del Cauca, Putumayo y la República del Ecuador. En la medida en que esto se logre, será posible vislumbrar la territorialidad de los grupos étnicos a nivel regional, y explicar por qué existen diferencias en la producción cerámica y realmente a qué grupos étnicos pertenecen los complejos definidos y aquellas nuevas manifestaciones cerámicas que están apareciendo en el valle de Atriz (Cárdenas 1989; 1990a; 1990b) y en la región oriental de la cordillera (Cadavid y Ordóñez 1992).

Es importante tener en cuenta aspectos teóricos y metodológicos para futuras investigaciones arqueológicas en el sur de Colombia. Si no hacemos una evaluación crítica de la manera en que llegamos a formular conclusiones con respecto al pasado, nuestra arqueología seguirá presentando problemas interpretativos, que con el tiempo se vuelven más críticos.

Los objetivos básicos de la arqueología fueron claramente expuestos por Binford hace aproximadamente 30 años. Mucho se escribió entonces sobre teoría arqueológica y fueron inmensos los enfrentamientos —y siguen siéndolo aún— entre la arqueología tradicional y la arqueología más moderna. Sin embargo, después de soportar ataques por todos los flancos, las tres metas de Binford siguen siendo el pilar de nuestra disciplina: (1) reconstruir la historia de la cultura; (2) reconstruir los procesos culturales; y (3) tratar de llegar a explicar el comportamiento de las sociedades del pasado (Binford 1962).

Teniendo esto en cuenta, y con los datos a nuestra disposición, consideramos que el momento actual permite proponer arqueología de problemáticas específicas para las diferentes áreas arqueológicas de Nariño. Por una parte, es indispensable buscar evidencias sobre la etapa Formativa. En Colombia, en la costa Pacífica, no existe hasta ahora ningún sitio Formativo y la tendencia es a continuar buscando en la Costa del Caribe. De manera que el gran vacío entre las dos costas sigue casi igual que hace 30 años.

Sobre la selva tropical, planteamos la necesidad de hacer una búsqueda para la etapa Formativa. Apenas ahora se comienzan a producir lechas muy antiguas asociadas con cerámica en la región del oriente, pero podrían buscarse sitios más cercanos a las vertientes de la cordillera, para tratar de establecer si realmente existió un foco de dispersión Formativo de selva tropical como lo sugirió Reichel-Dolmatoff. La excavación de Marcelo Villalba en Cotocollao, en el Valle de Quito, demuestra la importancia de buscar sitios Formativos en la región andina, y es tal vez el único sitio que hasta el momento permite plantear hipótesis acerca de la relación —o ausencia de ella— entre costas, sierra y selva. Sitios de esta etapa no se han excavado en los altiplanos colombianos. Las

recientes investigaciones en Aguazuque, en la sabana de Bogotá (Correal 1990), indican una ocupación que cronológicamente es Formativa (3025AC-775AC), y cuya ausencia de cerámica hace pensar en la necesidad de redefinir el concepto de Formativo. El patrón de enterramiento en Aguazuque, de varias personas en disposición relativamente circular, es similar al de Cotocollao (Villalba 1988). Los altiplanos nariñenses y del norte del Ecuador deben prospectarse y excavar para poder definir estas etapas, como también resulta indispensable la localización de abrigos rocosos que fueron básicamente un especie de "microambiente cultural" para la vida de los paleoindígenas.

Para el período de Integración o de los Cacicazgos, la limitación principal radicaba en que la evidencia en Nariño provenía únicamente de contextos funerarios y de materiales guaqueados sin contexto espacio-temporal. Sin embargo, los trabajos de los últimos dos años empiezan a interesarse por contextos de basurales y lugares de asentamiento. Las excavaciones en este campo deben guiarse específicamente hacia la búsqueda de pisos de vivienda, y particularmente con un enfoque que permita establecer los diferentes patrones adaptativos en tierras altas y bajas. A este respecto, nos atrevemos a sugerir que los modelos de verticalidad y micro-verticalidad deben aplicarse críticamente, y no pensar que se pueden utilizar como explicativos de las actividades sociopolíticas de los cacicazgos andinos y subandinos dondequiera que se haga una investigación.

El período Colonial es arqueológicamente importante. Está representado en una extensa área de Nariño y muchos pueblos se encuentran descritos en documentos de los siglos 16 a 18. Investigarlos es indispensable porque muestran una etapa de desarticulación de la estructura sociopolítica indígena debido a la Conquista

Como podrá verse, las perspectivas de investigación son complejas. Las incógnitas por resolver son muchas; pero ante todo es indispensable que pensemos en problemáticas arqueológicas amplias para que así los resultados que se obtengan de trabajos específicos y locales, entren a formar parte de nuestros conocimientos sobre los procesos culturales continentales.

BIBLIOGRAFÍA

- BINFORD, Lewis.
1962 Archaeology as Anthropology. *American Antiquity* 28(2): 217-225.
- BOUCHARD, Jean Francois
1982 Excavaciones arqueológicas en la región de Tumaco, Nariño, Colombia. *Revista Colombiana de Antropología* Vol. XXIV: 125-334. Instituto Colombiano de Antropología. Bogotá.
- CADAVID, Gilberto.
1989 Arqueología, de Salvamento en la vereda de Tajumbina, Municipio de La Cruz, Nariño. *Boletín de Arqueología*. Año 4 (3): 3-24. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Banco de la República. Bogotá.
- CADAVID, Gilberto y Ordoñez, Hernán.
1992 *Arqueología de salvamento en la vereda de Tajumbina, municipio de La Cruz (Nariño)*. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Banco de la República. Bogotá.
- CARDENAS ARROYO, Felipe.
1989 Complejos cerámicos y territorios étnicos en áreas arqueológicas de Nariño. *Boletín de Arqueología*, Año 4(3): 27-34. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Banco de la República. Bogotá.
Estatuaria lítica en el norte de Nariño. Nuevos datos. *Revista Colombiana de Antropología*, Vol. XXVII: 171-198. Instituto Colombiano de Antropología. Bogotá.
- 1990b *Áreas arqueológicas comunes de Colombia y Ecuador: consideraciones para la investigación*. Ponencia presentada durante el Encuentro Sobre Arqueología de Áreas Comunes. Esmeraldas, Ecuador.
- 1992 *Arqueología en el territorio de los quillacinga, Nariño*. Informe presentado a la Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Banco de la República. Bogotá.
- CARDENAS ARROYO, Felipe y Cadavid Camargo, Gilberto.
1990 *Informe descriptivo sobre las tumbas excavadas por personal adscrito a la Universidad Mariana de Pasto y del material arqueológico encontrado en ellas*. ICAN.
- CASAS DUPUY, Pablo.
1988 Isla Gorgona: un asentamiento precolombino en el océano pacífico colombiano. *Boletín de Arqueología*. Año 3(3): 44-53. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales Banco de la República. Bogotá.

- CORREAL URREGO, Gonzalo.
 1990 *Aguazuque: evidencias de cazadores, recolectores y plantadores en la altiplanicie de la cordillera Oriental*. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Banco de la República. Bogotá.
- GNECCO, Cristóbal., y Illera, Carlos H.
 1989 El paleoindio en el valle de Popayán. Anotaciones sobre metodología arqueológica En: *Memorias del V Congreso Nacional de Antropología* (Simposio Arqueología-Antropología Física). Universidad de los Andes-ICAN-ICFES: 13-29. Bogotá.
- GRIJALVA, Carlos Emilio.
 1937 *La expedición de Max Uhle a Cuasmal, o sea, la protohistoria de Imbabura y Carchi*. Quito. Editorial Chimborazo.
- HERRERA, Luisa F; Cavelier, Inés; Rodríguez, Camilo y Mora, Santiago.
 1990 Los alfareros de la Amazonia: el caso le Araracuara. *Memorias V Congreso Nacional de Antropología*, Simposio de Arqueología y Antropología Física: 185-220. Universidad de los Andes-Ican. Bogotá.
- HERRERA, Leonor; Cardale de Schrimppf, Marianne; Bray, Warwick y Botero, P. José.
 1988 *Nuevas fechas de radiocarbono para el precerámico en la cordillera Occidental de Colombia*. Ponencia presentada en el 46 Congreso Internacional de Americanistas. Amsterdam.
- OYUELA, Augusto.
 1987 Dos sitios arqueológicos con desgrasante de fibra vegetal en la serranía de San Jacinto (departamento de Bolívar). *Boletín de Arqueología* Año 2(1): 5-26. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Banco de la República. Bogotá.
- PATIÑO, Diógenes.
 1990 Arqueología del Bajo Patía, costa Pacífica de Nariño y secuencia arqueológica en la costa. *Memorias V Congreso Nacional de Antropología*, Simposio de Arqueología y Antropología Física: 79-93. Universidad de los Andes-Ican-Icfes. Bogotá.
- PEARSALL, Deborah M, y Piperno, Dolores.
 1990 Antiquity of Maize Cultivation in Ecuador: Summary and Reevaluation of the Evidence. *Am Antiquity* 55(2): 324.
- PLAZAS DE NIETO, Clemencia.
 1977-'78 Orfebrería prehispánica en el altiplano nariñense. *Revista Colombiana de Antropología* XXI: 197-244. Instituto Colombiano de Antropología. Bogotá.
- REICHEL-DOLMATOFF, Gerardo.
 1978 Colombia indígena, período prehispánico. *Manual de Historia de Colombia*, Tomo 1: 33-115. Colcultura. Bogotá.

1986 *Arqueología de Colombia, un texto introductorio*. Segunda Expedición Botánica. Bogotá.

URIBE ALARCON, Maria Victoria.

1976 Relaciones prehispánicas entre la costa del Pacífico y el altiplano nariñense, Colombia. *Revista Colombiana de Antropología* Vol. XX: 11-24. Instituto Colombiano de Antropología. Bogotá.

1977-78 Asentamientos prehispánicos en el altiplano de Ipiales, Colombia. *Revista Colombiana de Antropología*, Vol. XXI: 57-195. Instituto Colombiano de Antropología. Bogotá

1990 Cronología absoluta de la arqueología colombiana. *Revista de Antropología y Arqueología* VI(1): 205-233. Universidad de los Andes. Bogotá.

URIBE ALARCON, Ma. Victoria y Cabrera Micolta, Fabricio.

1988 Estructuras de pensamiento en el altiplano Nariñense: evidencias de la arqueología *Revista de Antropología* IV(2): 45-69. Universidad de los Andes. Bogotá.

VILLALBA, Marcelo.

1988 *Cotoeollao: una aldea formativa del valle de Quito*. Museos del Banco Central del Ecuador, Serie Monográfica No. 2. Quito.

